

PRIMER CONGRESO DE ESTUDIOS SOBRE EL PERONISMO: LA PRIMERA DECADA

Ghioldi y *La Vanguardia* ante el surgimiento del peronismo. La disputa por los trabajadores y la justicia social desde un enfoque ideológico-discursivo*

Javier Burdman
IIGG / CONICET

Introducción

Entre la abundante literatura existente sobre el primer peronismo, pocos son los trabajos dedicados al estudio de los sectores políticos antiperonistas. Si bien recientes estudios (Altamirano, 2007; Herrera, 2005; García Sebastiani, 2005) han incluido análisis más sistemáticos de los posicionamientos y transformaciones que caracterizaron a la Unión Cívica Radical y al Partido Socialista en aquellos años, aún quedan por explorar numerosos aspectos potencialmente fructíferos para una comprensión más global del período. El caso del Partido Socialista reviste, en este sentido, un interés particular. Ello por dos motivos. Primero, porque una mirada superficial sugeriría que los socialistas eran el grupo político ideológicamente más propenso a recibir con cierta contemplación al peronismo incipiente. Después de todo, tenían una tradición ideológica a favor de los derechos de los trabajadores, la cual a su vez, a diferencia de la postura de los comunistas, se alejaba de cualquier pretensión revolucionaria. Segundo, porque a través de sus intervenciones públicas, emanadas principalmente de los artículos de *La Vanguardia*, los socialistas se pusieron a la cabeza de la confrontación dialéctica con el peronismo naciente y pregonaron desde sus inicios la conformación de la Unión Democrática.

A pesar de lo anterior, durante varios años el estigma de la incompreensión reemplazó a cualquier estudio riguroso sobre la posición del Partido Socialista ante el peronismo. Solo recientemente, como dijimos, han aparecido algunos trabajos que buscan reconstruir y comprender con mayor profundidad los posicionamientos ideológicos del socialismo en aquel período. Siguiendo esta línea, el presente artículo busca indagar en algunos elementos de la ideología socialista en el período que va desde el golpe del 4 de junio de 1943 hasta mediados de 1945, poco antes del 17 de octubre de ese año. Nuestro objetivo es reconstruir los elementos ideológico-

* Trabajo desarrollado en el marco del equipo UBACyT “Estrategias de encuadre político de los sectores juveniles durante el primer peronismo”. Agradezco los comentarios de Ricardo Martínez Mazzola a versiones previas.

discursivos que dieron lugar a una línea de acción política claramente aislada y contrapuesta a las tendencias mayoritarias de la clase trabajadora. Si bien el divorcio definitivo entre la dirigencia del PS y las masas obreras se produce entre el 17 de octubre del 45 y el triunfo de Perón a principios del 46, creemos que ya en los meses anteriores se habían gestado las bases de una determinada representación de la realidad que preanunciaba la respuesta del socialismo a los hechos que se sucedieron.

Nuestro análisis se centrará en los editoriales de *La Vanguardia* publicados entre junio de 1943 y julio de 45, escritos por Américo Ghioldi. Si bien los mismos no pueden ser considerados como reflejo de la opinión unánime de los socialistas, ya en esos años Ghioldi es una de las figuras más influyentes en el partido y sus editoriales marcan con bastante precisión la línea política seguida por el mismo (Herrera, 2005). Además, debemos tener en cuenta que los editoriales no llevaban firma y que, por ello, su autoría podía atribuirse formalmente al PS como tal. Por lo tanto, creemos que dichos editoriales pueden ser considerados representativos de la línea política predominante del partido.

Consideraciones sobre el análisis

El desarrollo de la lingüística y de las teorías del discurso en las últimas décadas ha abierto el camino a una multiplicidad de estudios sobre la ideología. Los mismos han abandonado cualquier concepción subjetivista o idealista de la ideología, entendiéndola más bien como una instancia o una dimensión de los fenómenos socio-políticos. De ese modo, aquella deja de referir a un conjunto de ideas que emanan de un sujeto plenamente autoconsciente, capaz de pronunciarlas, explicarlas y obrar de acuerdo con ellas (o transgredirlas intencionalmente). Por el contrario, según este enfoque, lo ideológico remite a la dimensión significativa que atraviesa a todo objeto o hecho social (de Ípola, 1983).

Es precisamente por responder al orden de lo significativo que el estudio de lo ideológico ha recurrido eminentemente a las herramientas de la lingüística para el análisis de su objeto. Por ser el lenguaje la manifestación más expresiva de lo que denominamos “significación”, la lingüística ha aportado elementos sumamente valiosos para comprender el modo en el que los actores sociales constituyen una representación de la realidad en la que viven y de sus propias acciones sobre ella. Sin embargo, la idea de representación no debe entenderse en el sentido de una mediación con la

realidad “objetiva”¹. Por el contrario, en la medida en que otorgamos al lenguaje cualidades preformativas (Austin, 2006), podemos inferir que la ideología no es un reflejo (sea éste fiel o distorsionado) de una realidad material, sino que es ella misma material. En este sentido, la ideología refleja la realidad en la misma medida en la que produce efectos sobre ella. Para poner un ejemplo, cuando en el discurso político se dice “ellos son nuestros enemigos”, no se está simplemente haciendo constatar el hecho de que un determinado grupo es el enemigo de “nosotros”, sino que es el propio enunciado el que le asigna a “ellos” la condición de enemigo. Es sobre esta base que, al encarar el estudio de un discurso político en particular, no buscamos explicar un fenómeno puramente mental, sino esencialmente una práctica que representa y a la vez contribuye a configurar el campo político.

Un aspecto esencial para la comprensión del modo en el que un discurso político representa y actúa sobre el campo político surge de los modos de enunciación. Como señaló originariamente Émile Benveniste (1980), todo discurso implica la puesta en escena de dos figuras que surgen del propio acto de enunciación: el enunciador y el destinatario. Toda enunciación supone alguien que la realiza y alguien a quien ella está dirigida. Ahora bien, comprender la relación que estas figuras establecen con el contenido del enunciado es esencial para identificar el sentido del mismo (Ducrot, 1986). Es claro que el efecto ilocusionario del enunciado “es evidente que todos los hombres son libres” no es similar al de “yo creo que todos los hombres son libres”. Aunque el contenido del enunciado sea el mismo, es innegable que la relación establecida entre el que habla y lo hablado es diferente en ambos casos. A su vez, también difiere la relación que se propone entre el enunciado y el destinatario. De allí que, siguiendo a Eliseo Verón (1987), podemos afirmar que distintos modos de enunciación suponen distintos tipos de destinatarios. La forma en la que el enunciador se relaciona con su enunciado da a menudo indicios de un destinatario negativo, positivo o neutral². Es por ello que el estudio de la enunciación es capaz de dar cuenta de las representaciones que cada grupo político tiene de su relación con los demás y, a través de ello, de su posición particular en el campo político. Como veremos en este trabajo, al

¹ Esta concepción caracterizó a la teoría de la ideología de Louis Althusser (2005). Si bien este autor buscó eliminar la distinción sujeto/objeto propia de la filosofía idealista, no es casual que justamente en su análisis de lo ideológico la misma haya reaparecido. Como ha señalado Emilio de Ipola (2007), ello no responde a una simple cuestión terminológica, sino a la imposibilidad de desprenderse de la distinción entre subjetividad y objetividad en un modelo que otorgaba a la práctica económica un carácter determinante.

² Eliseo Verón los denomina prodestinatario, contradestinatario y paradestinatario.

hablar el PS desde una posición de saber, su relación con la ciudadanía en general y con la clase trabajadora en particular adquiere características específicas que determinan su línea de acción política.

Si la figura del enunciador es central para el estudio del discurso político, ello no implica dejar de lado la cuestión del contenido de los enunciados. Por el contrario, dichos contenidos son también constitutivos de la configuración que adquiere el campo político. Para poner un ejemplo banal, no es lo mismo decir “el futuro está en los trabajadores y en la clase media” que decir “el futuro está en los trabajadores o en la clase media”. La variación en ambos casos de la relación entre los elementos da lugar a significados sumamente diferentes. En este sentido, recientes desarrollos provenientes de la teoría política (Laclau, 1994; Laclau y Mouffe, 2004; Žizek, 2003) han destacado la relevancia de las categorías retóricas para la configuración del campo político. Para este enfoque es central el funcionamiento de la metáfora, operación retórica a través de la cual se pone en relación de equivalencia³ a elementos en principio diferentes. Ello implica, siguiendo la mecánica de la metáfora (Le Guern, 1976; Grupo Mu, 1987), la intervención de un elemento en común que funciona como nexo entre ambos términos. Dicho nexo permite dejar de lado parte del significado de los elementos puestos en relación, centrando la atención solo en los aspectos compartidos. Si se dice “un empresario es tan argentino como un obrero”, es claro que el significante “argentino” funciona como mediador entre “empresario” y “obrero”, los cuales dejan de lado, en este enunciado, otras características que los diferencian: nivel socioeconómico, poder político, etc.

Es importante señalar el carácter performativo de las operaciones retóricas. Si, siguiendo a Derrida (1985), la lengua nunca llega a constituirse en un sistema acabado y, por ello mismo, el valor de los signos no llega a estar nunca plenamente definido, la metáfora se convierte en una operación constitutiva del propio sentido de los elementos sobre los que ella opera.⁴ De ese modo, decir que “los capitalistas son parásitos” no implica solo poner de manifiesto un elemento común entre los significantes “capitalistas” y “parásitos”, sino que la imagen negativa del parásito contribuye a asignar a “los capitalistas” el sentido de “vivir a costa de los demás”. Como es claro, no es nada intrínseco al significante mismo lo que sugiere dicha asociación, sino que es el propio

³ Tomamos la noción de “equivalencia” de Ernesto Laclau (2005).

⁴ Esto rompe con la idea sincrónica de “relaciones asociativas” de Saussure (2005), basadas en asociaciones conceptuales o morfológicas intrínsecas entre los signos.

acto de enunciar la metáfora lo que la establece. Más aún, incluso el elemento en torno del cual se establece la relación metafórica puede adquirir una significación diferente según la asociación que esté representando. Los enunciados “ojos del color de la noche” y “ojos del color de la muerte” pueden querer decir ambos “ojos negros”. Pero aunque en ambos casos la asociación se realiza a través de la idea de color negro, es claro que el sentido que dicha idea adquiere es diferente. Como veremos en nuestro análisis, es ésta la dinámica que caracteriza a la relación de los socialistas con la idea de justicia social y, a través de ella, con los trabajadores.

El Partido Socialista hacia 1943

Uno de los principales ejes de conflicto que atraviesa al socialismo en los años previos al golpe del 43 tiene que ver con la división que existía al interior del mismo entre acción política y lucha social. Esto no era un tema nuevo ya que, desde sus inicios, el PS combinaba un programa de transformación social radical con un modelo de acción política reformista (Camarero y Herrera, 2005). La propia figura de Juan B. Justo encarnaba esa mezcla de ideales claramente socialistas en materia socioeconómica con una visión progresiva y evolucionista del cambio social. Sin embargo, ambas dimensiones no siempre convivían con facilidad, lo que daba lugar a tensiones que se hacían presentes en las numerosas luchas y divisiones internas que aquejaron al PS durante la primera mitad del siglo XX. La primera de estas divisiones se produce en 1917, cuando los sectores internacionalistas del partido se manifiestan contrarios a los legisladores socialistas partidarios de declarar la guerra a Alemania. El conflicto rápidamente derivaría en la separación del grupo pacifista y la creación del Partido Socialista Internacional, que poco tiempo después pasaría a llamarse Partido Comunista. Quedaba así establecida una distinción, en gran medida similar a la que se producía en los países europeos, entre un partido de izquierda moderado y reformista y otro más claramente revolucionario (aunque el alineamiento de los comunistas con las directivas del gobierno soviético daría lugar a posturas sumamente cambiantes).

La apertura electoral que tiene lugar tras la ley Sáenz-Peña permite un sensible incremento en el número de legisladores socialistas (provenientes de la Capital Federal) en el Congreso Nacional. Paralelamente, tras la victoria electoral del radicalismo, los socialistas criticarán con dureza al gobierno de Yrigoyen en dos frentes distintos. Desde el punto de vista económico, defienden una política librecambista y de control

del gasto público, a la vez que promueven medidas para el agro tendientes a atacar a los latifundios. En lo político, cuestionan el estilo violento e inorgánico del Partido Radical, al que se percibe como una continuación de la política conservadora. Por otro lado, los socialistas rechazan también la cercanía de los gobiernos de Yrigoyen y Alvear con la religión católica.

La década del 20 sería relevante en otro aspecto de la configuración política del PS: su articulación con el movimiento sindical⁵. Al iniciarse los años 20, la posición de los socialistas era relativamente débil en comparación con el avance de las ideas sindicalistas que crecían dentro de la Federación Obrera Regional Argentina (FORA). Así, cuando los sectores sindicalistas de la FORA se escinden para crear la Unión Sindical Argentina (USA), los socialistas, que dominaban la conducción de algunos gremios (como los gráficos y los municipales), los siguen en condición de minoría. Sin embargo, la cuestión de la prescindencia política e ideológica sostenida por los sindicalistas terminó generando importantes discusiones con los socialistas. Ello daría lugar a que, a mediados de 1924, algunos gremios vinculados al PS se escindieran de la USA. Pocos meses después, con la importante adhesión de la Confraternidad Ferroviaria, esos gremios fundarían la Confederación Obrera Argentina (COA), donde el socialismo era claramente predominante. Sin embargo, la nueva organización sindical estaba lejos de ser un apéndice del PS; más bien, valorizaba el papel de los partidos obreros a la vez que reivindicaba su autonomía. Pero en contraste con la postura sindicalista de la USA, la COA permitía a sus miembros tener filiación política, lo que se aplicaba a muchos de sus integrantes que pertenecían al PS. De ese modo, el socialismo lograba una incipiente influencia sindical que adquiriría mayor vigor a mediados de los años 30, algunos años después de la creación de la CGT a partir de la unificación de la COA y la USA.

Mientras tanto, el PS debe afrontar ideológicamente las convulsionadas transformaciones políticas que aquejan a la Argentina y al mundo entre fines de los años 20 y a lo largo de los 30. Respecto de la postura frente al gobierno de Yrigoyen, el socialismo sufrirá tensiones internas que culminarán con su segunda gran escisión. En realidad, dichas tensiones respondían a múltiples motivos (entre ellos, la diferente procedencia social de los distintos miembros del partido y la forma en que ella per-

⁵ Para un análisis más a fondo de este tema, ver el trabajo de Hernán Camarero (2005).

meaba los modos de encarar la actividad política)⁶. Pero será la postura frente a un proyecto de ley de claras intenciones anti-yrigoyenista impulsado por los socialistas para intervenir Buenos Aires, lo que dividirá aguas y dará lugar a la renuncia de un grupo de dirigentes que, poco después, fundará el Partido Socialista Independiente.

A pesar de lo anterior, el PS seguirá siendo sumamente crítico de Yrigoyen, a quien responsabiliza por la situación de inestabilidad social que da lugar al golpe militar de 1930. De todos modos, el partido se opondrá al gobierno de Uriburu y llamará a mantener el sufragio universal. En 1931 los socialistas se presentan por primera vez a elecciones en el marco de una coalición política, en conjunto con el Partido Demócrata Progresista, anticipando la postura a favor de un frente antifascista que se irá acentuando progresivamente a lo largo de la década del 30.

La crisis interna sufrida por el partido a partir de su división da lugar a una apertura en sus filas que se traduce en la incorporación de relevantes figuras, como Julio V. González y Ernesto Giudici. A pesar de que la dirigencia partidaria se mantiene firme, estas incorporaciones serían la fuente de nueva tensiones internas. Hacia mediados de los 30, un grupo de socialistas de izquierda, entre los cuales se destaca la figura de Giudici, cuestiona el programa reformista del partido a favor de un accionar político más ligado al antiimperialismo y la lucha de clases. Apoyados en su simpatía por la Unión Soviética y el fracaso de los partidos socialistas europeos, estos grupos sostendrán que la lucha contra el fascismo debe encararse con criterios socialistas revolucionarios. La dirigencia partidaria, encabezada por Nicolás Repetto y Américo Ghioldi, criticará duramente a este grupo por sus tendencias disolventes y reafirmará la línea reformistas y no revolucionaria. Poco tiempo después el PS se proclama a favor de la conformación de un frente popular democrático, en una programa que mezclaba las posiciones de la dirigencia tradicional con las de los grupos críticos. Sin embargo, posteriores desacuerdos motivarán la escisión de éstos del partido.

A pesar de que la dirigencia tradicional consigue prevalecer, la década del 30 irá modificando los ejes centrales de la ideología del PS. En lo económico, irá abandonando paulatinamente las ideas librecambistas y comenzará a proclamarse a favor del intervencionismo estatal y, en alguna medida, del proteccionismo⁷. En lo político, se acentuará la prédica cívica como respuesta al avance del fascismo europeo y lo que se percibía como su penetración en la Argentina. Ello se traduce en el abandono defi-

⁶ Al respecto, ver el trabajo de Leticia Prislei (2005).

⁷ Sobre este tema, ver el trabajo de Juan Carlos Portantiero (2005).

nitivo, incluso en lo declarativo, de cualquier idea revolucionaria (Halperín Dongui, 2000). Hacia finales de los 30 y principios de los 40, el antifascismo será el elemento central de la prédica política del PS, que lo utiliza a la vez como herramienta de movilización, como instrumento para fortalecer la cohesión interna y como elemento diferenciador de los otros partidos. Respecto de esto último, el PS contrastaba sus prácticas políticas democráticas, acordes a la época, con los manejos opacos de los otros partidos, incluida la UCR. Sin embargo, la experiencias de participación en organizaciones extra y multipartidaria iría generando intentos de gestar una coalición antifascista más amplia, sobre la cual los socialistas podrían tener, como gestores de la misma, una preeminencia ideológica que sobrepasara su desventaja numérica y electoral frente al radicalismo. Organizaciones civiles como la Acción Argentina dieron cabida, a lo largo de 1940, a nuevas experiencias de socialización entre los líderes políticos del PS y de los demás partidos en el marco de la defensa de los principios de la democracia liberal (García Sebastiani, 2005).

El endurecimiento de la política represiva tras la declaración del estado de sitio por parte del gobierno de Castillo aceleraría los acontecimientos hacia una aglutinación de los partidos opositores. Los socialistas serán los principales promotores de la conformación de un frente común contrario al gobierno. Si bien en un inicio las diferencias al interior de la UCR dilatarán su realización, en enero de 1943 los radicales responderán afirmativamente al llamado del PS (apoyado por los demócratas progresistas y Acción Argentina) a favor de la unidad de las fuerzas políticas contrarias al gobierno. Esto abrirá inmediatamente el camino a una puja por la candidatura presidencial. Los socialistas, que se negaban a aceptar una candidatura impuesta por un partido, propusieron una fórmula extrapartidaria. Pero la muerte de su seguro destinatario, Agustín P. Justo, cerraría ese camino. Finalmente, en mayo de 1943 la UCR opta por una fórmula mixta, proponiendo algunos candidatos para la presidencia. Esta propuesta es aceptada por los demás partidos, pero da inmediatamente lugar a la disputa entre socialistas y demócratas progresistas por la vicepresidencia. Dicha disputa no hallaría solución en los meses siguientes y quedaría trunca por el golpe del 4 de junio de 1943, que suspende temporalmente el proyecto de alianza interpartidaria.

Ghioldi: la justicia social y los trabajadores entre la libertad y el fascismo

Si en sus inicios el PS combinaba un ideario de transformación social radical con una concepción moderada y reformista de la acción política, es claro que hacia 1943 el primero de estos elementos queda subordinado al segundo. En realidad, es la reivindicación de la legalidad y de la democracia lo que adquiere una preponderancia visiblemente mayor a las demandas vinculadas específicamente a la clase obrera. Los largos años de degradación de las instituciones democráticas bajo el régimen conservador, por un lado, y la propagación del fascismo en Europa y de su ideario en algunos grupos políticos en la Argentina, por el otro, contribuyeron a moldear en el PS un perfil ideológico fuertemente volcado a la defensa de la democracia liberal. En este marco, la consigna central de la prédica socialista pasa a ser el retorno a las elecciones libres y la plena vigencia de la Constitución. Este llamamiento no tiene, en un principio, nada de específicamente obrero. Por el contrario, el enaltecimiento de los valores democráticos e institucionales abre el camino a la interpelación de una multiplicidad de sectores e, incluso, de la nación toda:

La civilidad existe, actúa, piensa, siente, en fin, vive, a pesar de hallarse en estado de minoridad. Desde luego, la humanidad civil prepara los campos, siembra, recoge y moviliza la producción desde los graneros y estancias hasta la boca del consumidor; levanta las industrias, mueve las máquinas, concibe el mecanismo del intercambio y provee de cosas, bienes y servicios que mantienen las necesidades primeras y las demandas del confort de los hombres; moviliza diariamente un ejército de 8000 maestros y profesores que aseguran el ejército y desarrollo espiritual de 2.200.000 niños, adolescentes y jóvenes; selecciona libremente en un mundo de competencia flexible a los periodistas proveedores de noticias y animadores de pensamientos, a los escritores, artistas y músicos que depuran, fijan, enaltecen y emulan las cualidades desinteresadas y nobles de la especie (12/8/43).

Hay hechos básicos que pueden unir, y unen efectivamente a todos por igual, aunque por encima de ese nivel, cada uno tenga desarrollo distinto. (...) Todos los argentinos vivimos ahora la emoción de la legalidad. Y no es esto palabra hueca, porque la legalidad –cuya emoción nos tiene conmovidos y cuya conciencia nos ilumina el camino– es factor de convivencia pacífica (16/10/43).

En el período que va de junio del 43 hasta la clausura del periódico socialista a principios del 44, Ghioldi realiza muy escasas menciones referentes a temas específicamente vinculados a la clase obrera. Cuando lo hace, es para elogiar a la incipiente política social emprendida por la Secretaría de Trabajo y Previsión, llegando incluso a proferir comentarios positivos sobre Perón. Sin embargo, cuando la justicia social aparece tratada como tema específico, se la subordina claramente a los valores de la libertad y la democracia:

El obrero es productor. Los derechos del obrero son la substancia de la justicia social (...).

Los derechos del hombre se expresan por el civismo. Los anhelos de justicia, las ansias de libertad, los programas de organización, los ideales de igualdad que bullen en el hombre se anudan y sintetizan en el ciudadano (28/11/43).

Los trabajadores del mundo, tienen pues, por experiencia universal, una divisa orientadora sintetizada por un sociólogo francés: bienestar y libertad. Sin bienestar la libertad es una palabra casi sin sentido. Sin libertad el bienestar es una ilusión transitoria (5/1/44).

Es evidente que, en términos generales, la función que Ghioldi le atribuye al PS en esta coyuntura poco tiene que ver con cuestiones socioeconómicas. Puesto que el tema central es el retorno a la legalidad, a la cual todo progreso ulterior está subordinado, el socialismo se erige en propulsor de dicho retorno y en defensor de la civilidad. Ello lo aparta de cualquier función puramente representativa, puesto que tanto el partido como su periódico se proponen defender ideas universales, desligadas de cualquier demanda o reivindicación sectorial:

La historia del parlamentarismo argentino demuestra el valor del socialismo democrático. El Partido Socialista ha cumplido y cumple un papel de gran valor político, intelectual, ético y democrático que nadie podrá negar (25/8/43).

Las circunstancias sociales y la amplitud de vistas del socialismo argentino nos fueron convirtiendo, en estos últimos tiempos en un órgano de la Nación. Somos la voz dolida y angustiada de la civilidad nacional (6/1/44).

Es norma ideal de "La Vanguardia" tratar de ser en todo instante un órgano de la razón pública. Aspiramos a tener siempre autoridad para apelar al entendimiento y a la dignidad de la razón, y es nuestro más íntimo de los móviles gravitar en la marcha de las jornadas por el peso de las ideas, la rectitud de la conducta y el contenido ético de los fines y medios de nuestra prédica. Así practicamos nuestro argentinismo (16/4/44).

Esta idea del socialismo como ejemplo ético y portavoz de la razón pública está fuertemente ligada a una concepción esencialista y progresiva de la historia argentina. Si los reclamos del PS no están ligados a ningún sector social en particular, es porque los mismos responden a ciertos principios generales sobre la historia argentina y sobre el progreso social en general. Ello implica que sus posiciones no están determinadas por preferencias, sino por un saber. El socialismo es el intérprete de las tendencias naturales del hombre y de la sociedad argentina hacia la libertad, y su defensor frente a las tendencias autoritarias y totalitarias que pretende negarla y reprimirla:

... el mal de la dictadura y del fascismo (...) está en olvidar que el fondo humano se forma y rige por leyes naturales y fundamentales que están más allá de la acción de los gobernantes y que, por ello mismo, deben ser intocables para toda acción arbitraria (31/7/43).

No hay pues, nada argentino que explique la aberración de un nacionalismo totalitario, estatocéntrico y estatolátrico. Este es un nacionalismo simulado y de contrabando. No tiene más antecedentes que el fascismo italiano, el totalitarismo hitlerista, y el corporativismo-sindicalista de Franco.

¡Por eso el pueblo repudia semejante “nacionalismo” extraño a la substancia argentina! (11/12/43).

Los partidarios de la libertad, de la democracia y del socialismo somos profundamente realistas porque partimos del conocimiento intuitivo y reflexivo a la vez de que el movimiento social, donde van mezclados lo positivo y lo negativo, es el único camino para ir resolviendo de verdad los problemas comunes (19/12/43).

Al conocer, representar y defender a estas fuerzas profundas del ser argentino y de la humanidad en general, el PS se constituye en divulgador de un saber, el cual fundamenta su posición enunciativa. De allí que su tarea sea eminentemente educativa. La educación es, específicamente, la única forma de eliminar a las ideas totalitarias, retornar al orden legal y retomar la senda de la libertad y el progreso a través de las instituciones democráticas. No es extraño, en este marco, que uno de los temas más frecuentemente tratados en los editoriales de este período sea la avanzada de la educación católica en las escuelas públicas, y el desplazamiento de sus cargos de un grupo de maestros de ideas liberales. Así como en las escuelas se libra una batalla entre la educación liberal y la educación religiosa, a nivel político el PS lucha contra las ideas autoritarias defendidas por los grupos nacionalistas. Esta lucha es, antes que nada, una cuestión de educación y razonamiento:

El mundo deberá otra vez educar en el culto de la legalidad, es decir, en el culto del derecho humano. Y nosotros los argentinos, también tenemos nuestra tarea urgente: reedificar la conciencia democrática, el respeto por la legalidad, el culto del derecho y de las instituciones libres, porque después de tantos años de perversión de la vida representativa, hemos conservado intacto el instinto de la libertad pero, acaso, hemos perdido los hábitos de la democracia integral (24/7/43).

Las realizaciones prácticas y el ejercicio legal deben demostrar la eficacia de los principios democráticos y constitucionales para llevar en paz la lucha de la sociedad por resolver sus propios problemas. Por otra parte, a la educación le corresponde la tarea de grabar los principios constitucionales en el alma de los hombres, es decir, de novar en las sucesivas generaciones la convicción y la fe en la democracia, mediante un sostenido esfuerzo de convencimiento racional.

Así lo entendieron los hombres de la organización nacional cuando promovieron la enseñanza de la constitución argentina (29/10/43).

Como ya hemos visto, es el PS y su principal herramienta de difusión, *La Vanguardia*, quien lleva a cabo esta labor docente, erigiéndose en “órgano de la razón pública”.

Hemos señalado que, entre el 43 y principios del 44, la cuestión social es un tema solo marginal y esporádicamente señalado. Cuando aparece, lo hace claramente subordinada a valores políticos como la libertad y la democracia. A su vez, se emiten algunos elogios hacia la política social del gobierno militar. Sin embargo, este panorama cambia radicalmente hacia 1945, cuando, luego de permanecer clausurada varios meses y de haber pasado Ghioldi un tiempo considerable en Uruguay, *La Vanguardia* reaparece como semanario. Lo hace en un contexto bastante diferente al que hemos venido analizando hasta aquí, por varios motivos: la inminente derrota del fascismo en Europa, el endurecimiento de la política represiva del gobierno militar, la postergación del retorno a la democracia, la posible candidatura de Perón para la presidencia en unas eventuales elecciones y la profundización de la política social. Todo esto abre una nueva etapa en los editoriales del periódico socialista, que se dedicará principalmente a criticar con dureza al gobierno militar en prácticamente todos los aspectos, y que continúa reclamando fervorosamente la realización de elecciones y el retorno a la legalidad.

En términos generales, podemos decir que la construcción del enunciador permanece inalterada en esta nueva etapa, puesto que Ghioldi sigue reivindicando la función eminentemente cívica e intelectual del PS. Pero hay algo más: a medida que la política social se profundiza y el gobierno, a través de Perón, interpela cada vez más a los sectores trabajadores, aparece un elemento que, como señalamos anteriormente, había estado ausente: la representación de los trabajadores. Es claro que Ghioldi no está dispuesto a resignar la identificación del partido con la clase obrera, lo cual no deja de presentar problemas importantes para sus posturas políticas. Si anteriormente la problemática social parecía tener poca relevancia, puesto que los principales temas que preocupaban a los distintos grupos estaban esencialmente vinculados al debate entre modelos políticos, ahora esa problemática comenzaba a adquirir una importancia insoslayable. Y lo que es más relevante aún, la cuestión social se introduce a partir de una política sumamente beneficiosa para los trabajadores llevada a cabo por un gobierno al que los socialistas caracterizan, ya en aquellos días, como “dictadura nazi-totalitaria”. Será justamente en sintonía con esta caracterización como Ghioldi interpreta la obra social del gobierno, con el objetivo de disputarle al mismo

la representación de los sectores trabajadores y el verdadero sentido de la justicia social.

Si, como hemos visto, Ghioldi erige al socialismo como una fuerza intelectual cuyo objetivo es servir como ejemplo ético y difundir las ideas democráticas y liberales en la ciudadanía, ahora esa función se hará extensiva, con particular hincapié, a la clase obrera. El PS es el partido de los trabajadores, pero no por ser su representante, sino su educador:

(...) Lamentamos que la advertencia nos haga pensar en la suerte de nuestro semanario, que ha salido con inspiración patriótica para adoctrinar al pueblo en general y a la clase obrera en particular, sobre los problemas fundamentales de la actual hora argentina (30/1/45).

Nunca hemos tomado a la clase trabajadora como "clientela", concepto mercantil y materialista que el sólo enunciarlo pone en descubierto el verdadero espíritu con que algunos se acercan al pueblo. Busque el coronel Perón toda la "clientela" que encuentre, y que hallará en aquella masa lista para recibir prebendas, asado con cuero, brebaje de comité, mates vacío y pañuelitos de algodón. Que en cuanto a nosotros nos entenderemos con el pueblo, e iremos a él con pensamientos e ideales en busca de comprensión afectiva y mental (6/3/45).

El PS sigue teniendo la función de iluminar al pueblo en general, pero a ello se le suma ahora la misión de adoctrinar específicamente a la clase obrera. Esto implica, claro está, situarse en el terreno específico de la política social del gobierno y de sus reivindicaciones de justicia social. En ese sentido, Ghioldi ubicará a dicha política en la antinomia democracia/fascismo que, ya por esos días, es absolutamente dominante. Intenta de ese modo expresar la naturaleza sediciosa y demagógica de los beneficios sociales tal como están siendo implementados por el gobierno. Ello no implica rechazar a la política social en sí misma. Pero, siguiendo la línea ideológica que hemos venido observando, se la desprende de valor intrínseco. No es la justicia social en sí misma la que tiene valor para el socialismo, sino la justicia social subordinada al ideal supremo de la libertad:

Los trabajadores del mundo, tienen pues, por experiencia universal, una divisa orientadora sintetizada por un sociólogo francés: bienestar y libertad. Sin bienestar la libertad es una palabra casi sin sentido. Sin libertad el bienestar es una ilusión transitoria (5/1/44).

El pan es necesario, indispensable; pero creer que al hombre se lo domina proveyendo incentivos materiales para sus jugos digestivos, es desconocer lo más elemental y profundo de la humanidad capaz de desprendimiento, sacrificios y abnegaciones cuando está en juego el ideal de la libertad, de la justicia y de los derechos inalienables e inercibles propios de la naturaleza del ser human (13/3/45).

En contraposición, la justicia social implementada por el gobierno militar anula la autonomía de los obreros y se perfila como una herramienta de dominación demagógica propia de las experiencias fascistas:

El fascismo, el totalitarismo y el nazismo repugnan nuestro modo de ser. La justicia social no exige la presencia de dictadores. No hay socialismo a lo Hitler, a lo Mussolini o lo Rosas (...).

Aquí hay quienes quieren repetir a Mussolini, olvidando la triste situación a la que llegó. La libertad es la primera demanda, porque las conquistas obreras deben ser logradas por los propios obreros en acción libre. La historia no conoce ningún caso de gobierno para el pueblo ejercido por una minoría selecta. La dictadura es siempre despotismo en potencia (16/1/45).

El concepto sindical de la Secretaría de Trabajo es tan parecido a la idea corporativa del fascismo mussoliniano como una gota de agua a otra. Consideramos que lo más grave que ha podido realizar la Secretaría de Trabajo es la anulación del gremialismo auténtico y libre, y la utilización de los aparatos gremiales para fines políticos del oficialismo y para el endiosamiento e idolización de una persona (6/3/45).

La pequeña obra social realizada durante este gobierno y que habría realizado igualmente por cualquier otro gobierno (...) no será perturbada en el mañana; por el contrario, será expurgada y mejorada para que sirva a los fines de la democracia y no esté atada a concepciones dictatoriales (17/4/45).

De este modo, sin cuestionar los beneficios materiales que están percibiendo los trabajadores a través de la política social del gobierno, Ghioldi divide la justicia social. Por un lado, la justicia social vigente, propia de las experiencias fascistas y autoritarias (Hitler, Mussolini, Rosas), subordinada a ideas dictatoriales. Por el otro, una justicia social que concibe al trabajador como ciudadano y hombre libre, y que por lo tanto solo podría darse en democracia. En el primer caso, la política social opera como un elemento en común a través del cual el gobierno militar es equiparado a una dictadura totalitaria.⁸ En el segundo, la justicia social funciona como el elemento mediador entre el socialismo y la democracia. Respecto de esto último, Ghioldi hace referencia al triunfo del laborismo inglés, que “representa el empeño sincero de realizar una obra de justicia social destinada a asegurar las mayores posibilidades al mayor número sin destruir las libertades y los derechos de la persona humana” (31/7/45).

A través de su imbricación con la antinomia democracia/fascismo, la justicia social se desdobra entre la demagogia de un gobierno que busca consolidar su dominio autoritario, y las conquistas obreras como expresión de democracia y libertad. Esto conduce a su vez a una división de los sectores obreros:

⁸ Aquí se observa claramente la performatividad de la metáfora. Es la asociación con el fascismo, por un lado, y con la democracia, por el otro, lo que constituye dos concepciones de justicia social totalmente diferentes.

No pasa día sin que los trabajadores organizados en sindicatos libres, los profesores universitarios, los rectores ejemplares, los estudiantes símbolo y carne de la juventud, los diarios, los comerciantes, industrias y exportadores, los colegios de abogados, los maestros primarios y, finalmente, la Suprema Corte, digan, cada uno a su manera, y cada uno por sus motivos, que la República anhela ya que el gobierno “de facto” termine rápidamente en sus funciones (24/4/45).

... luchamos contra el gobierno y contra los pocos dirigentes entregados y entregadores que se hacen la ilusión de que un “buen dictador” -¿dónde está?- podría resolver expeditivamente problemas creados por la larga lucha social (12/6/45).

En varias oportunidades, que es inútil puntualizar, se aconsejó a los obreros que no permitan que se introduzca en sus filas el terrible virus de la política y que ésta era en los gremios destructora bomba de tiempo. ¿Y qué son ahora los gremios sino agencias y comités electorales dirigidos por la Secretaría de Trabajo y Previsión? (10/7/45).

Cuando hace referencia a los gremios aliados a Perón, Ghioldi los califica de entregadores y de “comités electorales” al servicio de aquél. Por el contrario, cuando se habla de “los trabajadores organizados en sindicatos libres”, se los pone a la par de una multiplicidad de sectores sociales contrarios al gobierno. Nuevamente, la justicia social aparece desubstanciada: no es una cuestión socioeconómica la que está en juego en esta coyuntura, sino que la misma es solo uno de los campos de batalla en una guerra fundamentalmente política. Es por ello que Ghioldi apela a la condición humana y ciudadana de los trabajadores antes que a su posición socioeconómica. Solo quienes son concientes de la superioridad moral de la democracia son hombres libres, mientras que los que acompañen al gobierno forman parte de las masas subordinadas a la demagogia, tal como lo fueron los trabajadores que acompañaron al fascismo.

Esta forma de caracterizar a la justicia social se realiza, como hemos podido observar, mediante operaciones eminentemente metafóricas. Puesto que la política social fue un elemento presente en las experiencias fascistas, se recurre a ellas para interpretar la situación vigente. En otras palabras, la política social es uno más de los elementos que ponen en relación de equivalencia a la dictadura con el fascismo. A través de ello no es solo al gobierno militar a quien se estigmatiza, sino que es también la propia noción de justicia social la que, al quedar vinculada al fascismo, se ve afectada de un modo negativo. Es por esto que, simultáneamente, Ghioldi debe hacer referencia a una justicia social ligada a la democracia, la libertad y la autonomía de los trabajadores. Esta es la justicia social de la cual el PS ha sido siempre defensor, como representante y, fundamentalmente, como educador de la clase obrera.

Esta función educativa da lugar a una operación adicional, más vinculada a la argumentación⁹ que a la retórica. Si bien, como hemos visto, Ghioldi reconoce por momentos los méritos de la política social del gobierno en cuanto a la calidad de vida de los trabajadores (aunque ello sea rápidamente desestimado por razones políticas), en otras oportunidades se dedica a cuestionar tales méritos. Estos cuestionamientos surgen, nuevamente, desde una posición de saber; más precisamente, un saber sobre las leyes de la economía:

La preocupación social nació de pronto en la cabeza de algunos dirigentes de la revolución cuando se tuvo la sensación de que el espíritu público estaba matando por asfixia al gobierno y cuando se creyó en una huelga general inmediata. (...) Cuáles son los resultados de la obra social no es difícil decirlo. No negamos que hay un cierto empeño puesto por el gobierno en estas materias; pero en virtud de desconocer las leyes de la economía y de la sociedad, se ha llegado a un punto en que los aumentos de salarios han sido sobrepajados por los aumentos en el costo de la vida. En la carrera de los precios y de los salarios, aquéllos superaron a éstos en virtud principalmente de la política inflacionista realizada por el gobierno (17/7/45).

En este caso, es la propia eficacia de la política social la que es puesta en tela de juicio. Si la misma no es implementada a partir de ciertos conocimientos técnicos del funcionamiento de la economía, sus beneficios terminan evaporándose. Queda implícito, claro está, que dichos conocimientos pertenecen al PS. El argumento parece destinado a persuadir a los obreros: solo una política social razonable garantiza la durabilidad de los beneficios. Si las políticas del gobierno continúan, éstos no tardarán en desaparecer.

Conclusiones: de cara al 17 de octubre

El 16 de octubre de 1945 termina de imprimirse en los talleres de *La Vanguardia* el libro *Palabras a la nación*, una recopilación de editoriales (varios de ellos citados en este trabajo) del periódico socialista escritos por Américo Ghioldi entre junio de 1943 y julio de 1945. Los hechos del día siguiente darían lugar a una nueva etapa cargada de virulencia y desprecio por parte del dirigente socialista. Ella no será, sin embargo, más que una profundización de las ideas que se fueron desarrollando en el período previo. Lo que se acentúa es la dureza de las palabras: refiriéndose al 17 de octubre, Ghioldi distinguirá a la “clase trabajadora organizada y esclarecida [que] no

⁹ Aquí nos basamos en las fórmulas argumentativas conceptualizadas por Claude Bremond (1982).

ha participado en aquella movilización” de “los gritos del candombe y todos los efectos escénicos de la táctica mussoliniana e hitlerista”.

Se ha remarcado a menudo la incomprensión con la que la dirigencia del PS recibió al fenómeno peronista. No cabe duda de que, efectivamente, Ghioldi y sus colegas no supieron darse cuenta de las transformaciones estructurales que había venido atravesando la sociedad argentina en aquellos años. También es cierto, sin embargo, que ningún grupo político había logrado entenderlas debidamente, y que solo la inesperada convergencia del sector del Ejército encabezado por Perón con las masas populares daría lugar a la difusión de un ideario que, previamente, no llegaba a un público masivo (Altamirano, 1998). No es solamente la incomprensión lo que explica la postura socialista de aquél entonces, sino, más fundamentalmente, una forma de interpretar la realidad y de concebir el papel del partido frente a ella.

El socialismo que habla a través de los escritos de Ghioldi se perfila como un educador. Como tal, sus enunciados se sustentan en un saber sobre la naturaleza humana y el funcionamiento de las sociedades en general. Su misión es, por lo tanto, eminentemente intelectual: iluminar al pueblo sobre las verdades que los socialistas conocen. En este sentido, el PS se erige en continuador de la tradición civilizatoria sarmientina. Puesto que en la coyuntura que hemos analizado la principal amenaza a dicha tradición proviene del fascismo y de su penetración en ciertos grupos políticos de la Argentina, los asuntos socioeconómicos pierden centralidad. Es solo cuando el gobierno militar pone a la cuestión social en un primer plano que los socialistas, quienes ven amenazado su tradicional vínculo con la clase obrera, deben librar la lucha en el terreno de las condiciones de vida de los trabajadores. Y lo hacen, como hemos visto, manteniendo su línea de enunciación, constituyéndose en educador de aquéllos. A diferencia del dispositivo de enunciación peronista, que a partir del denominado “modelo de la llegada” (Sigal y Verón, 2004) establecía con los obreros una relación de liberador a liberado y de conductor a conducido, el vínculo establecido por el PS es más bien el de un maestro con un alumno. Es por ello que aquél no es un simple representante de los obreros (estos no son su “clientela”, como remarca Ghioldi), sino que, como “órgano de la razón pública”, representa ante ellos un ideal universal de civilización. En ese sentido, la forma que adquiere el vínculo es tan importante como el vínculo mismo. Para Ghioldi, es propio del fascismo satisfacer las necesidades materiales de los trabajadores sin preocuparse por su libertad y su autonomía. El socialismo, por el contrario, les enseña sobre la relevancia de una lucha social subordinada

a los ideales del hombre libre. No solo eso, sino que, por ser conocedor de las leyes de la sociedad y de la economía, es el único partido capaz de proveer una justicia social duradera (la del gobierno, según Ghioldi, se ha diluido en una escalada inflacionaria).

Lo anterior produce repercusiones importantes en el modo en que Ghioldi constituye una determinada representación del campo político. Anclado en la dicotomía democracia/fascismo, el dirigente socialista desdobra la noción de justicia social a uno y otro lado de la frontera. Por supuesto, solo la justicia social democrática que enarbolan los socialistas es verdadera, puesto que reconoce la natural libertad y necesaria autonomía de los trabajadores, mientras que la que el gobierno propone es una mera herramienta al servicio de la demagogia. En consecuencia, en una coyuntura en la que numerosos sectores obreros comienzan a responder positivamente a las políticas del gobierno, Ghioldi debe desdoblar también a la clase trabajadora. Quienes se subordinan a la política del gobierno pierden su autonomía y se convierten en un mero comité del gobierno, subsumido a la idealización del líder, como ocurre en las experiencias fascistas. Solo los que se resisten a esta entrega son trabajadores libres. Y puesto que es la libertad el bien en disputa en esta coyuntura, los trabajadores son un eslabón más en la cadena de grupos sociales que, independientemente de su situación socioeconómica, convergen en la defensa de la democracia y el orden legal frente a las amenazas fascistas y autoritarias.

Será este imaginario el que configura la interpretación de Ghioldi del 17 de octubre y, más adelante, del triunfo electoral de Perón. Lo que esos episodios demuestran al dirigente socialista no es, a su juicio, una equivocación en sus valores fundamentales ni en sus apreciaciones sobre los temas centrales de la política argentina, sino una falla en comprender la inimaginable magnitud con la que las ideas totalitarias habían penetrado en amplios sectores del pueblo argentino. Esta fue la forma de integrar unos episodios portentosamente imprevisibles a una configuración ideológica que, como hemos analizado, ya había sentado sus bases en los años previos.

Bibliografía

- Altamirano, Carlos (2007): *Bajo el signo de las masas (1943-1973)*. Buenos Aires, Emecé.
- Althusser, Louis (2005): “Ideología y aparatos ideológicos del Estado”, en *La filosofía como arma de la revolución*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Austin, John (2006): *Cómo hacer cosas con palabras*. Buenos Aires, Paidós.
- Benveniste, Émile (1980): *Problemas de lingüística general*. México, Siglo XXI.
- Bremond, Claude (1982): “El rol del influenciador”, en AAVV, *Investigaciones retóricas II*. Barcelona, Ediciones Buenos Aires.
- Camarero, Hernán (2005): “Socialismo y movimiento sindical: una articulación débil. La COA y su relación con el PS durante la década de 1920”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- Camarero, Hernán y Carlos Miguel Herrera (2005): “El Partido Socialista en Argentina: nudos históricos y perspectivas historiográficas”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- De Ípola, Emilio (1983): *Ideología y discurso populista*. Buenos Aires, Folios.
- De Ípola, Emilio (2007): *Althusser, el infinito adiós*. Buenos Aires, Siglo XXI.
- Derrida, Jacques (1985): *La voz y el fenómeno*. Buenos Aires, Pre-textos.
- Ducrot, Oswald (1986): *El decir y lo dicho. Polifonía de la enunciación*. Barcelona, Paidós.
- García Sebastiani, Marcela (2005): *Los antiperonistas en la Argentina peronista*. Buenos Aires, Prometeo.
- Grupo Mu (1987): *Retórica general*. Buenos Aires, Paidós.
- Halperín Donghi, Tulio (2000): *La democracia de masas*. Buenos Aires, Paidós.
- Herrera, Carlos Miguel (2005): “¿La hipótesis de Ghioldi? El socialismo y la caracterización del peronismo”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- Laclau, Ernesto (1994): “¿Por qué los significantes vacíos son importantes para la política?”, en *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires, Ariel.
- Laclau, Ernesto (2005): *La razón populista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Laclau, Ernesto y Chantal Mouffe (2004): *Hegemonía y estrategia socialista*. Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica.
- Le Guern, Michel (1976): *La metáfora y la metonimia*. Madrid, Cátedra.
- Portantiero, Juan Carlos (2005): “El debate en la socialdemocracia europea y el Partido Socialista en la década de 1930”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.

- Prislei, Leticia (2005): “Periplos intelectuales, revisionismos y algunas reflexiones sobre el Partido Socialista Independiente”, en Hernán Camarero y Carlos Miguel Herrera (eds.), *El Partido Socialista en Argentina*. Buenos Aires, Prometeo.
- Saussure, Ferdinand (2005): *Curso de lingüística general*. Buenos Aires, Losada.
- Sigal, Silvia y Eliseo Verón (2004): *Perón o muerte. Los fundamentos discursivos del fenómeno peronista*. Buenos Aires, EUDEBA.
- Verón, Eliseo (1987): “La palabra adversativa”, en Eliseo Verón y otros, *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*. Buenos Aires, Edicial.
- Zizek, Slavoj (2003): *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires, Siglo XXI.